

ENTRE TALONES Y ALAS

La historia no contada de la Jazira

Paulina Magaña Heredia

Estudiante de licenciatura del CIDE

Asia Occidental es, posiblemente, una de las regiones más estudiadas en toda la historia humana debido a una larga serie de factores. Dentro de ellos se encuentra su ubicación privilegiada que funge como puente entre Europa, África y Asia. Este territorio fue la cuna de las civilizaciones más antiguas y el origen de las tres religiones monoteístas principales. No es coincidencia que actualmente este sea el escenario de importantes tensiones culturales y de conflictos religiosos, políticos y económicos.

Esta región ha despertado el interés de muchos historiadores, politólogos, teólogos y economistas. A pesar de ser una extensión sumamente estudiada, el profesor e historiador estadounidense Samuel Dolbee en *Locusts of Power: Borders, Empire and Environment in the Modern Middle East* propone un análisis más integral de Asia Occidental, específicamente la Jazira, la cual abarca lo que en la actualidad serían importantes fragmentos de Siria, Turquía e Irak. Dolbee narra la historia de la región de Jazira desde mediados del siglo XIX con el Imperio Otomano hasta su disolución y la creación de los Estados modernos a partir de un punto de vista medioambiental. Este relato entrelaza los movimientos migratorios de esta área, las delimitaciones territoriales y las *locusts*, o langostas, una especie perteneciente a la familia de los saltamontes. Las langostas son capaces de sobrevivir por su cuenta o integrarse a grandes enjambres, según las condiciones en las que se encuentren. Históricamente han sido consideradas una plaga en la Jazira por su inmensa capacidad para alimentarse de la vegetación que encuentran a su paso.

El argumento principal que Dolbee plasma en este libro es la omisión de factores no-humanos en el estudio de la composición de las civilizaciones.

A menudo, los académicos estudian la Historia y los procesos desde una postura antropocentrista al considerar al humano como el único actor relevante en estos. En el caso de la Jazira, las langostas explican movimientos migratorios, episodios de hambruna y fluctuaciones económicas que, a su vez, dieron forma a la Asia Occidental moderna. Las langostas no representaron una plaga cualquiera en la Jazira, ya que su presencia afectó profundamente las prácticas agrícolas y los patrones de consumo de la región. La presencia de estos insectos tuvo un importante impacto en las zonas de cultivo debido a que consumen todo lo que está en su camino y, por lo tanto, influyeron en los desplazamientos humanos y su alimentación.

Sin embargo, la coexistencia con estos agentes no se limita a influir en el desarrollo agrario. Las langostas tenían mucho más poder sobre los humanos de lo que en realidad habían aceptado. Durante la Primera Guerra Mundial, los otomanos consideraban a las langostas una amenaza incluso mayor que los ejércitos contra los que luchaban ya que erradicarlas era una tarea sumamente complicada. Las consecuencias que estas traían en cuanto a los desplazamientos sociales, las fronteras y las estructuras políticas sobrepasaron el poder que los jefes de Estado poseían. El autor menciona el Acuerdo Sykes-Picot para ejemplificar cómo los esfuerzos de los jefes de Estado por mantener el control sobre el territorio y las fronteras era insignificante en comparación con la agencia de las langostas.

Locusts of Power está dividido en cuatro secciones o capítulos largos, más la introducción y conclusión. La historia que Dolbee narra está dividida en periodos, los cuales resultan en estos capítulos. El primero se llama “Sultans of the Open Lands”, el cual habla de la historia de la región durante la segunda mitad del siglo XIX (1858-1890). En esta sección, el autor explica que la interacción entre el Imperio Otomano, los grupos nómadas, especialmente la tribu Shammar, y las plagas de langostas fueron los elementos más importantes que moldearon y configuraron la Jazira durante ese periodo. Dolbee retoma su argumento principal en este capítulo al describir los esfuerzos del Imperio Otomano para controlar la región, a través de políticas de asentamiento y fronteras, como débiles frente a los factores no-humanos. Esta observación es muy acertada ya que el autor entiende la gran distancia que había entre los jefes administrativos otomanos y las condiciones habitacionales dentro de la Jazira. Sin duda, esto forma parte de la explicación por

la que no pudieron controlar la región, ya que para ellos cualquier otro estilo de vida diferente al sedentarismo era sinónimo de falta de civilización. Por el otro lado, Dolbee dibuja con precisión la inmersión de los Shammar en el medio ambiente y la forma en que figuras como Abd Al-Karim y Farhan utilizaron sus conocimientos para mantener cierta autonomía y vivir en sintonía con los cambios y procesos de la naturaleza.

Uno de los puntos más importantes de la lectura que el autor discute se encuentra inmerso en el segundo capítulo “Savage Swarms” (1890-1908). Es precisamente lo que el título señala: enjambres salvajes. Esta es la analogía con la que se refiere a los grupos no deseados que habitaron intermitentemente la Jazira y engloba tanto a las langostas como a las unidades pertenecientes a las Brigadas Hamidiye debido a que ambas tenían una capacidad de destrucción inmensa. Las brigadas, propias del Imperio Otomano, masacraron e intentaron exterminar a la población armenia debido a la amenaza que representaba para la homogeneidad y productividad del territorio bajo control otomano. Esta comparación resulta interesante ya que, para los otomanos, las “incontrolables” poblaciones armenias representaban lo mismo que las langostas: un problema que debía ser erradicado. Los armenios fueron tratados como langostas y las langostas como armenios. Ambos vistos como obstáculos, seres sin valor alguno y únicamente dignos del exterminio.

“¿No éramos como esas criaturas, dispersas por todas partes, abandonadas en cada camino, mientras talones sangrientos nos aplastan sin piedad y nos matan?”¹ Esta es una parte de las reflexiones personales escritas de Vahram Dadrian, un hombre armenio que fue deportado durante el genocidio que su población sufrió. Su diario fue una de las fuentes primarias de Dolbee para escribir este libro. Esta cita demuestra la dualidad de la metáfora de las langostas. Mientras para un grupo de personas estos animales representan un peligro y son un signo de destrucción masiva, Dadrian se siente identificado con ellas debido a que son víctimas de los seres que las consideran una amenaza, al igual que a los armenios.

Esta identificación de Dadrian con las langostas nos invita a profundizar en una dimensión adicional del análisis de Dolbee. El análisis del autor,

¹ Samuel Dolbee, *Locusts of Power: Borders, Empire and Environment in the Modern Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, p. 135 (traducción propia).

aunque innovador en su aproximación no-antropocéntrica, podría enriquecerse aún más al considerar la bidireccionalidad de la relación entre humanos y langostas. Si bien el texto explora magistralmente cómo estos insectos influyeron en la configuración territorial y social de la Jazira, resulta pertinente examinar cómo las acciones humanas modificaron también los patrones de comportamiento y supervivencia de las langostas. La expansión agrícola, la modificación de ecosistemas y la implementación de métodos de control de plagas no sólo representaron intentos de dominio territorial. Estas también forzaron adaptaciones en estos insectos, generando una dinámica de resistencia y supervivencia que merece ser analizada.

La metáfora de las langostas como símbolos de resistencia adquiere una nueva dimensión cuando consideramos sus movimientos como actos de supervivencia frente a la expansión imperial. Sus desplazamientos masivos, vistos tradicionalmente como invasiones destructivas, podrían interpretarse como respuestas naturales ante la alteración de sus hábitats y rutas migratorias tradicionales. Al igual que las poblaciones nómadas de la región, las langostas desafiaban inherentemente la lógica de las fronteras fijas y la territorialidad estatal, no por un acto de rebeldía consciente, sino por seguir patrones de existencia que precedían a las estructuras políticas modernas.

Esta perspectiva de resistencia se hace aún más evidente cuando observamos el paralelismo que Dolbee establece entre las langostas y las poblaciones marginadas. La analogía de Dadrian con estos insectos no sólo refleja una condición compartida de persecución, sino que también sugiere una forma de existencia que desafía naturalmente los intentos de control y categorización. Las langostas, en su capacidad de alternar entre comportamiento solitario y colectivo, demuestran una flexibilidad adaptativa que contradice las rígidas categorías impuestas por el poder imperial.

Locusts of Power nos invita a reconsiderar la historia de la Jazira no sólo desde una perspectiva medioambiental, sino también desde un enfoque de resistencia multiespecie. La coexistencia entre humanos y langostas en este territorio no fue simplemente una relación de conflicto. Fue, más bien, un complejo entramado de adaptaciones mutuas y resistencias naturales ante los intentos de control imperial. Esta lectura más matizada nos permite entender cómo las fronteras políticas y las categorías sociales impuestas por el poder colonial fueron constantemente desafiadas no sólo por las poblaciones

humanas, sino también por las dinámicas ecológicas preexistentes. La obra incita a reflexionar que las raíces de la actual crisis ecológica global se encuentran en la lógica de control y dominación. Los intentos históricos de “civilizar” y “ordenar” el territorio de la Jazira, eliminando tanto a las langostas como a las poblaciones consideradas indeseables, reflejan una mentalidad que persiste en nuestra relación contemporánea con el medio ambiente. La resistencia de las langostas, vista desde esta perspectiva, no es sólo un fenómeno histórico regional, sino un recordatorio de la futilidad de los intentos humanos por imponer un orden artificial sobre los sistemas naturales.

Esta aproximación más integral a la historia medioambiental de la Jazira permite entender mejor las complejidades de la relación entre poder, territorio y naturaleza. Las langostas, lejos de ser simples plagas o metáforas de destrucción, emergen como actores históricos que, a través de su mera existencia y persistencia, cuestionaron y siguen cuestionando nuestras nociones fundamentales sobre fronteras, soberanía y civilización.

Este texto, además de invitar a una reflexión integral sobre todos los factores que constituyen la formación y el establecimiento de un Estado, invita a repensar nuestra relación con el mundo y las implicaciones de nuestra coexistencia. Lleva a cuestionar la forma de vida que llevamos y nuestro papel respecto a otros seres. Vinimos a este mundo sin una jerarquía establecida en donde cada ser vivo tiene un papel. Los otros seres únicamente intentan subsistir, al igual que nosotros y no tendrían por qué interponerse en nuestra vida ni ser un posible enemigo. Esto únicamente es una idea construida por el humano. La naturaleza es una guía que nos enseña sobre flexibilidad y resiliencia. Evidentemente esta flexibilidad no beneficia a las élites por el poder que les resta y es posible que esta sea la razón por la que buscan destruir cualquier indicio de que esta es posible. Las delimitaciones territoriales, los nacionalismos y las ideas que buscan homogeneizar y estandarizar las sociedades nos quitan, en cierta medida, nuestra parte “humana” o “natural”. Esto, con el tiempo, nos distancia de la sintonía innata que nos permitiría tener relaciones menos jerárquicas con los demás seres con los que coexistimos. ❧

Reseña de Samuel Dolbee, *Locusts of Power: Borders, Empire and Environment in the Modern Middle East*, Cambridge, University Press, 2023, 336 pp.

